

SOBRE LA IMAGEN LITERARIA DE LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE AMÉRICA

Teodoro Hampe Martínez
Universidad Católica del Perú

1. ENTRE LA LITERATURA Y LA HISTORIA

No pretendo hacer esta vez la reseña convencional de una obra reciente. Me referiré preferentemente, con todo, al volumen editado por el catedrático alemán Karl Kohut bajo el título *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación* (Frankfurt am Main, Vervuert, 1992; 373 págs.), que contiene las actas de un simposio celebrado algunos años atrás en la Universidad Católica de Eichstätt. En las ponencias reunidas aquí predomina el enfoque interdisciplinario sobre el fenómeno de la Conquista y se abren interesantes perspectivas respecto a la cuestión —actualmente muy debatida— de los límites entre literatura e historiografía, tanto bajo el aspecto de la constitución del texto como bajo el de su función comunicativa.

Es un hecho indudable que en las últimas décadas ha surgido en América Latina un nuevo tipo de novela histórica, caracterizado por la utilización del pasado como instrumento para explicar y comprender el presente, dentro de una totalidad de sentido histórico. Tanto por la manifiesta intencionalidad de los autores como por su estructura formal, las piezas de este tipo se apartan del curso tradicional de la narrativa latinoamericana, que ya desde el siglo XIX había estado frecuentemente vinculada con preocupaciones de la historia local. La lista de las obras más representativas de la nueva corriente incluye a *Terra nostra* (1975) y *Cristóbal Nonato* (1987) de Carlos Fuente, *Daimón* (1978) y *Los perros del paraíso* (1983) de Abel Posse, *El arpa y la sombra* (1979) de Alejo Carpentier, *Noticias del Imperio* (1987) de Fernando del Paso, *El general en su laberinto* (1989) de Gabriel García Márquez y *La vigilia del almirante* (1992) de Augusto Roa Bastos.

¿Cómo pueden explicarse los orígenes y la finalidad de esta corriente “historiológica”? Encontramos la respuesta en la conferencia inaugural de Abel Posse en el simposio de Eichstätt, donde puso de relieve el papel que le corresponde a la literatura en el “descubrimiento” de la verdad histórica de América Latina. De acuerdo con su postura, es a los poetas y novelistas a quienes toca la gran

tarea fundacional de exhumar una realidad oculta, de recuperar una conciencia sepultada, rescatando la imagen auténtica del pasado que ha permanecido “encubierta” en los textos de la historia oficial. En su necesario trabajo con la historiografía, los escritores pueden reinterpretarla, modificarla o negarla a veces.

Karl Kohut, catedrático de filología románica y editor del volumen que comentamos, analiza el rol específico de la literatura en la representación de la conquista de América. Su examinación de las crónicas indianas del siglo XVI y de la narrativa contemporánea lo lleva a remarcar la estrecha vinculación existente entre la dimensión literaria de la historiografía y la dimensión histórica de la literatura. Más aún, Kohut anota que las novelas actuales pueden considerarse “como una crónica colectiva del pasado y presente del subcontinente, con lo que continúan, a una distancia de cuatro siglos, la labor de los cronistas primitivos” (pág. 44). Lo peculiar de la novelística contemporánea reside en que la acción histórica sirve tan sólo como base para una reconstrucción ficticia en la cual hechos y personajes de diversos tiempos se hallan constantemente mezclados, y esto condimentado con asociaciones y reflexiones presentistas de toda índole, en un juego altamente irónico que puede calificarse de “post-moderno”.

Por otra parte, Ingrid Galster expone los resultados preliminares de su pesquisa sobre la evolución de la imagen del rebelde Lope de Aguirre en la historiografía y la ficción. También esta investigadora remarca la directa vinculación entre fuentes históricas y reelaboraciones literarias, señalando que las ficcionalizaciones de la historia asumen cada vez más la tarea de confrontar al público general con las materias del pasado. En sus palabras: “sobre todo en América Latina, una parte de los novelistas se propone explícitamente sustituir las *verdades ficticias* de la historiografía por las *ficciones verdaderas* de la novela” (pág. 26).

En diversas tribunas literarias, la crítica está multiplicando sus aproximaciones a la nueva novela histórica latinoamericana. Se ha razonado sobre la “impugnación de la historia” y la “crítica utópica de la historia” en esas obras de artificioso realismo (véase por ejemplo el n° 1 de *Foro Hispánico*, Amsterdam, 1991). Pero tales rasgos utópicos corresponden no sólo a la narrativa sino también a la ensayística de América Latina, pues —como advierte Sabine Horl Groenewold— toda reflexión sobre la identidad cultural y política del subcontinente gira en torno a un objeto que en realidad no existe, que se anhela, que es meramente una imagen y una proyección.

El campo de encuentro de la literatura y la historia ha sido abonado, además, por la reflexión teórica de los últimos años acerca de los recursos narrativos del historiador, vale decir, las formas y los límites de la representación del pasado. Destacan en este contexto las aportaciones de Hayden White (citado más de una vez en el simposio de Eichstätt), quien enfatiza las semejanzas que hay entre las formas discursivas y las finalidades comunicativas de historiadores y escritores de ficción; ambos utilizan el lenguaje figurativo para dar coherencia a sus textos

y organizan la relación de hechos conforme a una motivación ideológica, más o menos explícita según los casos. No es suficiente, por tanto, evaluar las obras historiográficas según los criterios tradicionales de la heurística y preguntar por su verdad, sino que es imprescindible analizar su dimensión literaria.

La problemática de la Conquista es un objeto ideal para mostrar las virtualidades del trabajo interdisciplinario de críticos literarios e historiadores. Por tratarse de un hecho íntimamente ligado a las raíces de la cultura e identidad latinoamericanas, el encuentro de conquistadores y conquistados ha sido reflejado desde el siglo XVI, sin cesar, en centenares de relaciones, crónicas, estudios históricos, ensayos, novelas, cuentos, poesías, obras teatrales, etc. De las consideraciones aquí expuestas se desprende la fragilidad de las barreras convencionales entre los géneros textuales y surge finalmente la convicción de que todo estudio integral de la Conquista —y de su imagen a través de los siglos— debería utilizar al mismo tiempo los recursos y métodos de la literatura y la historia (además de otras disciplinas conexas).

2. IMAGEN DE AMÉRICA EN EL SIGLO DE ORO

Curiosa divergencia se da en los ensayos de crítica literaria sobre la imagen de la colonización de América en las letras españolas del Siglo de Oro: aunque todos los estudiosos coinciden en señalar la tematización relativamente escasa del Nuevo Mundo, se multiplican sin cesar las investigaciones en torno a la presencia de individuos, sucesos y motivos de origen americano en las obras de aquella época. Se ha dicho que este relativo silencio de los autores se explica ante todo por la falta de interés que había en la sociedad peninsular por la realidad vivida en las Indias, de tal manera que solamente encontraron eco en la literatura aquellos aspectos de ultramar que correspondían a previas expectativas sobre las colonias, como la abundancia de oro y la conversión de los paganos.

Aquí queremos reseñar una nueva publicación editada por el profesor Ignacio Arellano, de la Universidad de Navarra, que recoge las actas de un congreso internacional celebrado en Pamplona en enero del año pasado: *Las Indias en la literatura del Siglo de Oro* (Kassel, Reichenberger, 1992; 312 págs.). Participaron en dicho congreso profesores e investigadores procedentes de diversas Universidades de España, Alemania, Gran Bretaña, Italia, Argentina y Estados Unidos. Las actas reúnen un conjunto de dieciséis ponencias, en las cuales se presenta una amplia gama de imágenes sobre la empresa colonizadora de América, tal como se manifiesta en cronistas testigos de los hechos de conquista, en exponentes de la literatura criolla virreinal, en autores consagrados de la Edad de Oro hispánica y en modernos narradores del siglo XX.

Entre los trabajos más dignos de nota, la comunicación de Kurt Reichenberger estudia el tratamiento de los personajes del Nuevo Mundo en las comedias

auriseculares, sobre todo en Lope de Vega y Tirso de Molina, donde aparecen con bastante frecuencia los *indianos* (criollos o españoles venidos de América) al lado de los conquistadores, las amazonas y los indios nativos. La vida de los *indianos* en la Península, donde eran mirados como forasteros y tratados bien con envidia o con desprecio, solía estar rodeada de situaciones conflictivas y, por lo tanto, eminentemente dramáticas.

Miguel Zugasti enfoca, por su parte, la caracterización teatral de Francisco Pizarro en cinco piezas del Siglo de Oro: la famosa trilogía de comedias sobre los Pizarros de Tirso de Molina, la *Aurora en Copacabana* de Calderón de la Barca y una obra menos difundida de Vélez de Guevara. Todas estas piezas coinciden en ofrecer la imagen del conquistador del Perú como una personalidad célebre, conocida especialmente a través de su intervención al mando de los legendarios “trece por la fama” (figura inspirada por cierto en Cristo y sus doce apóstoles). Mientras Calderón se ciñe a una somera presentación, en que el personaje destaca tanto como aguerrido militar cuanto como fervoroso católico, y Vélez de Guevara rememora con detenimiento sus hazañas ante los incas, Tirso—escribiendo tal vez por encargo de los herederos de Pizarro— lo eleva soberanamente a la categoría de héroe mítico, capaz de alterar por sí solo la marcha de la historia.

Pero no todos los “ingenios” hispánicos estaban dispuestos a rendir pleitesía a los grandes protagonistas de la conquista de América, ni mucho menos a las consecuencias de su acción. Melchora Romanos analiza, por ejemplo, la diatriba del viejo serrano expuesta por Góngora en sus *Soledades*, donde critica las navegaciones y la empresa descubridora de las Indias, basado en el convencimiento de que la exploración de nuevas rutas y nuevos territorios era obra de la codicia y ambición. Puede afirmarse que la actitud crítica de Góngora responde a una posición más conservadora que progresista, dirigida contra el enriquecimiento y la movilidad social que fomentaban las expediciones a ultramar.

Profundizando en la misma línea de interpretación, Lía Schwartz Lerner toca la obra de moralistas, teólogos y arbitristas españoles del siglo XVII que contribuyeron a reevaluar el impacto de la riqueza fácilmente adquirida del Nuevo Mundo, enfatizando sus consecuencias negativas para la economía de la metrópoli. Fue principalmente en la literatura moral y satírica de la época—en autores como fray Luis de León, Saavedra Fajardo o Quevedo— donde se recogió esa postura crítica frente a la colonización de las Indias, nutrida de la ideología neoestoica que propugnaba la contención y la aceptación del destino fijado por la Providencia. Así cambió de signo la imagen de América, que en las crónicas tempranas había sido concebida como espacio del heroísmo y símbolo del poder sin fronteras del hombre, para convertirse en antro de la codicia y la corrupción, en causa de la pérdida de España.

Otras ponencias enfocan aspectos complementarios de la recepción cultural de las Indias en la sociedad peninsular. María Victoria Romero observa el proceso de incorporación de los *indoamericanismos*, o voces oriundas de lenguas nativas de América, en el el vocabulario castellano. Fija para ello su atención en el léxico

de algunos cronistas del siglo XVI, contraponiéndolo a los diccionarios académicos de Autoridades y de Esteban de Terreros, que se publicaron en Madrid en el siglo XVIII.

A su turno, Trevor J. Dadson examina la presencia del Nuevo Mundo en los inventarios de bibliotecas particulares españolas. Su investigación permite constatar en las colecciones librescas del siglo XVII un crecido número de piezas tocantes a la historia de las Indias y a su realidad política, militar, religiosa, jurídica, cartográfica y científica. Hasta donde se conoce, las bibliotecas americanistas más surtidas de la época son las que pertenecieron a políticos como el conde-duque de Olivares y a eruditos como Lorenzo Ramírez de Prado y Vincencio Juan de Lastanosa. En cambio, es ínfimo o ninguno el material sobre las Indias que se halla en las bibliotecas de escritores ilustres como Cervantes, Quevedo, Rodrigo Caro; dato que sirve para confirmar la actitud de escéptico desdén y distanciamiento que mantuvieron la mayoría de los clásicos del Siglo de Oro hacia el mundo americano.

El editor de la obra que comentamos, Ignacio Arellano, advierte en su síntesis final la necesidad de distinguir variadas formas y niveles en la imagen literaria de la colonización de América, según la perspectiva desde la cual se emite el discurso. En la escritura de los "ingenios" auriseculares se percibe la impronta de los modelos y convenciones formales, que encorsetan su pensamiento y determinan en buena medida la visión americanista de sus obras. Por ello, deben tenerse en cuenta siempre las pautas y horizontes de expectativas de cada género —ya sea crónica o novela, entremés o comedia, poesía épica o satírica— para valorar la representación que los autores crean del Nuevo Mundo. No hay pues una imagen unívoca de América en la literatura española del Siglo de Oro, sino una multiplicidad de visiones, en función de los géneros y los objetivos propios de cada autor.